

RIVET Y LA GUERRA

A propósito del catálogo editorial de libros del ICANH-2001¹

PAUL RIVET ESCAPÓ DEL TERROR DEL NAZISMO. SÓLO CUATRO HORAS separaron su partida de París del salvaje y brutal allanamiento de su domicilio por parte de los agentes de la Gestapo en plena ocupación alemana. Christine Laurière así lo cuenta en una hermosa cronología publicada en la revista *Gradhiva*, donde se comentan los angustiosos meses en los cuales la mayoría de los colaboradores de Rivet, casi todos ligados a la investi-

¹. Discurso pronunciado durante la presentación de libros y novedades digitales del ICANH, el 4 de abril de 2001 en el Museo Nacional de Colombia.

gación científica del Museo del Hombre, serían arrestados por sus nexos con la resistencia francesa. Varios de ellos terminarían sus días en los campos de concentración de Auschwitz y Buchenwald. El mismo Paul Rivet, al parecer, estuvo involucrado en las acciones de un grupo de resistencia que desplegó sus actividades hasta comienzos de los cuarenta; sin embargo, probablemente acorralado, dejó sus actividades en Europa para optar por el exilio. En mayo de 1939, Rivet aceptó una invitación del presidente Eduardo Santos para continuar su trabajo científico en Colombia. Hace sesenta años, Paul Rivet fundó el Instituto Etnológico Nacional, hoy ICANH. Hace sesenta años Paul Rivet huyó del terror del nazismo.

Hoy, seis décadas después de la llegada de Rivet a Colombia –una llegada permitida por el terror de la guerra– tenemos un país en guerra, pero también tenemos –lo que en cierta medida es excepcional– la posibilidad de desplegar dispositivos pedagógicos de autoscopía distintos al de la masacre. Y es para que esos dispositivos –valiosos en tanto inocuos– no queden flotando en la nada, que los hemos convocado hoy.

La presentación de estas dieciocho novedades bibliográficas por parte de una institución estatal, y las características que este evento reviste son, por lo menos, paradójicas. En principio podemos ufanarnos de ser una institución productora y promotora de saber, que sobra decirlo, es valioso para el reconocimiento de las múltiples problemáticas y dimensiones de nuestra realidad. Podemos entonces congratularnos unos a otros y pal-

mearnos amistosamente el hombro al son del conjunto de jazz y al calor de una copa de vino, mientras los saberes consignados en los libros se quedan precisamente, consignados allí. Ya lo decíamos y todos lo decimos: este es un país en guerra, un país en el que el saber más extendido es el de dar la muerte, y contra ese saber la única posibilidad de éxito posible en nuestra labor es *apropiarnos* de él para trasladarlo a un campo de batalla distinto. Retroalimentar el reconocimiento del discurso en las distintas prácticas sociales es una condición fundamental para la construcción de nuevas formas de interpelación. Sólo así tendría sentido este esfuerzo editorial y la inversión de tiempo, trabajo y presupuesto que fue necesaria para la producción de los libros y revistas que hoy estamos presentando. Sólo esta retroalimentación haría que la publicación de libros en un país pobre, azotado por la violencia de innumerables prácticas y discursos –que han llevado a la comunidad académica al exilio o a la tumba–, lleno de fluctuaciones en su burocracia política y cultural, no tenga en sí la marca de lo obscuro.

Pero bueno, hablemos brevemente de los libros del catálogo general 2001 del Instituto. Porque los libros son múltiples; hablan de resistencia y reconstrucción cultural en contextos coloniales; el de Erick Cantor, *Ni aniquilados, ni vencidos: los embera y la gente negra del Atrato bajo el dominio español; siglo XVIII*, sugiere que no podemos abordar el problema de la identidad sin plantear el espacio creativo de la relación economía-cultura; el de Eduardo Barrera, *Mestizaje, comercio y resistencia. La Guajira durante la segunda mitad del siglo XVIII*, en el mismo sentido, afronta el problema desde una perspectiva que intenta escuchar las voces de los indígenas, actores casi siempre silenciados –en este caso los wayúu–. El libro *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros* nos lleva por los caminos prehispánicos, proponiéndonos entenderlos no sólo como hitos espaciales sino también como marcadores simbólicos y lugar de memoria, como campo, finalmente, capaz de contener y reflejar las tensiones entre la continuidad y el cambio, perspectiva ineludible en la reflexión sobre el pasado. Por su parte Christian Gros, en su libro, *Políticas de la etnicidad: identidad, Estado y modernidad* nos sugiere entender la identidad como interacción y conflicto, en una perspectiva susceptible de ampliar la mirada a los diferentes actores y poderes movilizados en el ámbito de los movimientos identitarios en un contexto de modernidad. François Correa, en su libro

Amazonia amerindia: territorio de diversidad cultural propone una clásica etnografía capaz de revelar la delicada complejidad de los tejidos sociales de los pueblos indígenas del Amazonas, develando en este ejercicio los presupuestos culturales sobre los cuales descansa la organización social, cuya dinámica ha permitido mantener rasgos básicos de identidad étnica y resistir el impacto de la sociedad occidental.

En la década de 1950 se escribieron dos de los libros que hoy presentamos: *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, en la universidad de Luisiana, a partir de los viajes de exploración geográfica de Robert West en un Pacífico desconocido e imaginado inhóspito; y *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano*, texto escrito por uno de los pioneros de la antropología afrocolombiana, Rogelio Velásquez; esta es una suerte de etnografía histórica o, mas bien, y como dice el investigador alemán Uldrich Oslender, un testimonio velasquiano de una visión de la antropología que implica historia. Estos textos anteceden una reflexión contemporánea sobre las diferentes dimensiones de los movimientos sociales en esta misma región, mostrando la complejidad de los enfoques y la necesidad de seguir profundizando en las facetas políticas de la movilización étnica. El libro *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano* fue compilado por Mauricio Pardo.

También esta noche se presenta el libro *Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del nuevo mundo*, del historiador Mauricio Nieto que, en el contexto de una necesaria reflexión sobre la historia natural en el siglo dieciocho, nos permite entender las indisolubles relaciones entre el contexto político y cultural de la ilustración europea y las prácticas concretas involucradas en la exploración botánica. Es probablemente el libro más sugestivo e inteligente que se haya escrito en los últimos años sobre el tema de las expediciones botánicas.

De la misma manera, el ICANH publica el trabajo de investigación del profesor Robert Drennan y sus colaboradores, *Las sociedades prehispánicas del alto Magdalena*, una reflexión sobre el desarrollo de la complejidad social en el alto Magdalena, que plantea una discusión sobre los cacicazgos y sobre el contexto político, económico y cultural en el que surgieron y se desarrollaron en esa región. Además de estos libros, el Instituto publica el primer número de sus informes arqueológicos, Ar-

queología del bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano, firmado por los investigadores Carl Langebaek y Alejandro Dever; una reedición del texto *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, del historiador Germán Rodrigo Mejía, sobre la historia urbana de Bogotá, obra ganadora del premio de la Cámara Colombiana del Libro 1999; el libro *Nobles, blancos y mestizos en la villa de Nuestra Señora de La Candelaria de Medellín. Probanzas de nobleza, familia y mestizaje del cabildo 1674-1812. Tomo II*, de los historiadores Luis Enrique Rodríguez, Andrés Roncancio y Jorge Tomás Uribe; un novedoso y muy bien diseñado manual de métodos y herramientas para el manejo de caza y fauna de las académicas Astrid Ulloa, Heidi Rubio y Claudia Campo (*Manual de fauna de caza, una construcción a partir de lo local. Métodos y herramientas*); un cd interactivo –porque el ICANH también la apuesta a las nuevas tecnologías– sobre los muiscas de la Sabana de Bogotá realizado por la arqueóloga Braida Enciso. En fin, como puede observarse, el catálogo del ICANH para el año 2001 es diverso, tanto que es imposible resaltar los invaluable aportes de todos y cada uno de los textos. Tardaríamos siglos.

Quisiera, sin embargo, resaltar especialmente el relanzamiento de la revista *Fronteras* bajo su nuevo nombre, *Fronteras de la historia*, y con un bello e impecable formato. Como lo expresa su editora, Constanza Toquica, con el nuevo título la revista busca delinear un campo textual siempre abierto a las yuxtaposiciones y a las observaciones críticas acerca del pasado. La revista quiere sentar las bases de una nueva historia cultural que rompa la contraposición existente entre los teóricos y los historiadores de las fuentes coloniales y problematice la relación entre la historia, la antropología, el psicoanálisis y la crítica literaria.

Rivet tuvo la suerte de poder escapar al horror de la guerra. Hace sesenta años, ya lo dijimos. Y el escenario que lo alojó, que garantizó su supervivencia no es otro distinto al que hoy se ve incapaz de garantizar la vida de nadie. La hospitalidad extendida por el gobierno colombiano a Rivet es hoy negada sistemáticamente a todo aquel que no enarbole los estandartes de la guerra. Vemos a diario cómo la experiencia del terror, de los campos de exterminio, despliega su fantasma en el espectro completo de la geografía nacional. El terror invade todo tejido social, y sus repercusiones son, como lo muestra Daniel Pécaut, la ruptura de los referentes temporales y la disociación de la

subjetividad sobre las poblaciones afectadas.

Estas historias de espantos y fantasmas ya tuvieron su reflejo en cierta literatura europea de posguerra. Primo Levi, estigmatizado en su doble dimensión de judío y partisano, se centró en la escritura de relatos de corte antropológico que hoy revisten, en un tono grave y en un lenguaje de una objetividad desgarradora, la significación y la forma de un testimonio frente a un tribunal, el de la historia, el de nuestros contemporáneos y el de las nuevas generaciones. Testimonio valioso, ante todo por su imposibilidad de testimoniar, ya que, de la experiencia de la muerte, sólo podría testimoniar el muerto, y los muertos no hablan. Así, hay que decir por encima de todo que no hay discurso posible para resarcir la muerte de ninguna persona. No hay palabras para limpiar la mancha del crimen. No hay redención por la palabra, porque, siguiendo con Levi “víctima y verdugo son igualmente innobles, la lección de los campos es la fraternidad de la abyección”. La escritura, la teoría antropológica, la historia, la historiografía, el trabajo de campo, el trabajo arqueológico, la labor intelectual, todas y cada una sólo pueden, como ideal, entonces, dar la cara para pedir perdón, para evidenciar la omnipresencia de la culpa y la deuda infinita para con el otro.

Reproducir las narrativas del horror implica *fabricar vida con toda la muerte*, como afirma el escritor español Jorge Semprún. El horizonte ético de todas nuestras investigaciones habrá de ser ese, salvar la vida por la escritura, aunque escribir cueste muerte. Porque aquí sí debemos decir que hay que ser “no *para* la muerte”, como sostenía el filósofo Heidegger, simpatizante del régimen nacionalsocialista, sino ser “*contra* la muerte”, tal como enseña el comentarista del Talmud, Emmanuel Lévinas.

No queda nada más que decir, salvo retomar las palabras del rockero argentino Gustavo Cerati, que en el cuarto corte de su disco *Bocanadas* nos dice: *Gracias por venir*.

NICOLÁS MORALES THOMAS
Jefe de proyectos editoriales
Instituto Colombiano de Antropología e Historia